

El Amigo del Pobre

FRANQUEO
CONCERTADO

DECENARIO POPULAR CON CENSURA ECLESIASTICA
SORTEA ANUALMENTE LIBRETAS DE LA CAJA DE AHORROS PARA FAMILIAS POBRES

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN—(Pagos adelantados)
10 números cada diez días, 2 reales al mes
20 " " " " 1 pta. " "
100 " " " " 5 " " "
500 " " " " 25 " " "
1000 " " " " 50 " " "
Paquetes, sin suscripción de 100 núms. 2 ptas.
Incluidos gastos de correo, sin certificar.

«Este precepto os doy: Amaos los unos á los otros como Yo os he amado.»

(JESUCRISTO Á SUS DISCÍPULOS)

**Tirada mensual de este periódico
21.000 EJEMPLARES**

ADVERTENCIAS

Los encargos y suscripciones de la localidad en la librería de

D. Lino V. Sangenis, Corrida, 73

La correspondencia de provincias al señor Dtor. de EL AMIGO DEL POBRE —Gijón.

El escapulario de una modista

I

Una jóven modista habia dejado su pequeña villa natal para ir a establecerse en París, la capital. Era única hija; y su buena madre, viuda desde hacia varios años, salió en su compañía, para ser el ángel tutelar de su inocencia allá, en la gran metrópoli.

Poseyendo algunos recursos, y esperando en el porvenir, esas dos mujeres abrieron casa, comenzando a vivir asaz desahogadamente. La doncella, ya muy hábil en su oficio, viendo aumentarse de día en día las parroquianas, tuvo muy pronto que emplear otras mujeres para dar abasto a los numerosos y repetidos encargos que le llegaban. Todo iba viento en popa.

Pasó así, sin cambio alguno, un largo espacio de tiempo... Más vino un día y empezaron las pruebas. La anciana viuda habia sido atacada de una enfermedad incurable, un tumor canceroso, al decir de los galenos. Y bien se veía que aquello era bajada rápida al sepulcro, sin esperanza posible.

La jóven modista, que amaba a su madre con extraordinaria ternura, dijéramos que con pasión, dejó su trabajo y se consagró por completo al cuidado de su madre, vida de la suya... Transcurrieron varios meses, con lentitud desesperante. Pero el mal, en vez de ceder, iba empeorando. Y, al fin, la buena mujer devolvió su alma a Dios, bien purificada por aquellos largos padecimientos, sobrellevados con ejemplar resignación.

Ahora, la pobre hija, sola aquí abajo, no encontraba consuelo en parte alguna. Acabada con el cansancio y los desvelos vino a caer en desmayo profundo, también camino de la sepultura. Y para colmo de desdichas, se habian acabado todos sus recursos; el trabajo, al cual ya no podía entregarse, vino a faltarle por completo... Entonces los días, aún las horas, se le hicieron cada vez más tristes, cada vez más pesados; la miseria más extrema comenzó a hacerse sentir en su pobre hogar, cerrado a toda humana ayuda. ¿Mendigar?... ¡Ah!, a eso no sabía resignarse.

¿Qué hacer, pues, en trance tan apurado? Una noche, la desdichada ya no pudo aguantar. Acosada por el maligno espíritu, abandonándose a sus negros pensamientos, se decide al recurso extremo de los desesperados. Llena de carbón el brasero, le pone fuego, cierra herméticamente su aposento, y... el resultado, ya se puede suponer.

Hacia las cinco de la mañana, no sabemos de qué día del mes de Julio,—ni importa tampoco,—una de sus antiguas amigas, que habia llegado providencialmente a la gran capital la tarde del vispera, corre a visitarla con toda prisa. Sube la escalera apresurada-

mente, da con el cuarto de la jóven y llama a la puerta. ¡Nadie le responde! Vuelve a llamar con más fuerza... ¡Igual! Llena de impaciencia, lo mismo que de estupor, pues le han asegurado que su amiga está en el aposento, mira por el agujero y se encuentra con que está cerrada por dentro la puerta... Cruza por su mente un horrible pensamiento; grita a las personas que viven en el mismo piso; se echa abajo la puerta, y ¡oh vista espeluznante! Sobre la cama hay un cuerpo rígido, yerto...

II

En ese mismo momento, ¿también providencialmente?, entraba en dicha casa el famoso doctor Recamier, llamado a la cabecera de un enfermo apurado. Se le suplica que se llegue, que pase. Acude él sin tardanza. Pero al tomar el brazo de la jóven, estaba frío, ¡casi del todo yerto! El doctor aplica su oído al corazón de la infeliz... Nada, ni un latido se percibe.

—¡Ah!, exclama con pena; bien muerta está la desgraciada.

Sin embargo, arrimándose más, mientras lo examina todo con más despacio, descubre sobre el pecho de la desesperada un escapulario: el de Nuestra Señora del Carmen, al cual reconoce él eficacia excepcional.

—¡Oh!, entonces... quizás, salta vivamente el doctor, cuya piedad era muy grande. ¿No veis cómo lleva el escapulario de la Virgen?

Y el conocido galeno, tan distinguido por su religiosidad, besa con ternura singular el escapulario. Se inclina de nuevo sobre el inanimado cuerpo; otra vez escucha, a ver si algo percibe... Y, nada; la inmovilidad completa.—Indudablemente, la fe del Doctor Recamier estaba sujeta a una dura prueba.

Reflexiona aún un poco.

—Tomad dos cepillos; frotad con ellos, sin desmayar, todos los miembros de este cuerpo, mayormente el pecho. No, no es posible que Nuestra Señora del Escapulario haya dejado parecer esta desgraciada en la desesperación.

Dos piadosas mujeres se prestan a cumplir gustosamente el encargo. El médico tiene allí fijos, sin apartarlos, los ojos, esperando con impaciencia... Pasa una hora, y... ¡oh!, el rostro del facultativo se ilumina de repente.

—¡Vuelve la vida!, ¡vuelve la vida! ¡Bien os lo decía yo! ¡Nuestra Señora no podía dejarla morir así, en el pecado! Yo cuido los enfermos, ¡mas es Dios el que los mejora!

Prestaron a la pobre jóven los cuidados que su estado pedía. Ella, por su parte, lloró durante mucho tiempo, con lágrimas amargas, el pecado a que le condujo su ceguera, y pidió humildemente a Dios y a los hombres que se lo perdonaran.

Un día... en fin, se convenció de que no podía expiar mejor su culpa, ni mostrarse más agradecida a su protectora, que consagrándose al servicio de Dios en el estado

religioso. Para ello solicitó, con una perseverancia superior a toda prueba, el noviciado en las Hermanitas de los Pobres, providencia y amparo del desamparado. La virtuosa modista fue recibida en la admirable congregación, dando en ella los mejores ejemplos. Y en ella acaba de morir, hace poco, reconociendo hasta el fin deber su salud corporal, y la espiritual, al Santo Escapulario de Nuestra Señora del Carmen, defensa y refugio en los peligros.

Favor de la Virgen del Carmen

En Alcira (Valencia) habia un hombre sordo, ciego y atacado del mal epiléptico. Presentósele el 25 de Abril de 1897, a su mujer pidiéndole limosna, un anciano; y recibida ésta, díjole:—Llevad a vuestro esposo ante la Virgen del Carmen y se curará.—Dicho esto desapareció. Busca anhelosa la mujer a su esposo enfermo, que, acompañado de un lazarillo, andaba por las calles medio arrastrando pidiendo limosna, y dícele:—Ven conmigo a la iglesia de Santa Catalina.—Puestos ante el altar del Carmen, ora la mujer; y su marido, dormido breves instantes despierta gritando:—¿Dónde estoy? ¿qué veo?...—y empezó a andar con vista el antes ciego entre el pismo de todos los presentes. Toda la población es testigo de que, por el valimiento de la Virgen ve, oye, habla y anda sano el que largos años estuvo ciego, sordo, mudo y casi tullido.

I.

Un veraneante modelo

—¿Qué ¿ya estamos preparando las maletas?

—Sí, señor, sí. Los calores se dejan sentir algo más que un poco y es forzoso irse a disfrutar de las agradables temperaturas de la aldea y de la tranquilidad del campo... ¿no le parece?

—Sí... me parece bien para quien pueda hacerlo.

—¿Y usted?

—¡Yo?... Yo en invierno y en verano, en primavera y en otoño siempre de casa a la fábrica, de la fábrica a casa; de casa a la redacción y de la redacción a la imprenta y luego vuelta a empezar.

—Eso no es sano.

—Ya, ya; pero es necesario. No tengo el suficiente... tiempo para esa descansada e higiénica vida que usted se va a dar ahora. ¡Todo sea por Dios!

—¿Quiere venirse con nosotros?

—¡Oh! mil gracias. Imposible me es desatender mis obligaciones de empleado, de periodista y de padre de familia.

—Se va usted a agotar en cuatro días.

—Cuando Dios lo disponga.

—Voy a comunicarle a usted una noticia que, como periodista católico, no dejará de alegrarle muchísimo.

—Impaciente estoy.

—¿Ve usted ese maletín?

—Sí, señor.

—Pues en él no van otras cosas que folletos de propaganda, libros, periódicos, con más los que recibiré allá diariamente para sobre ellos y acerca de sus cosas parrafear largo y tendido con mis convecinos.

—Muy bien, muy bien. Es decir que va usted a ejercer de sembrador de la buena semilla?

—Como todos los años.

—Sí, ya se que es usted un excelente e incansable propagandista católico, ya se que sus excursiones por la aldea dejan siempre agradabilísimos recuerdos, que no sólo con su palabra sino que también con su conducta francamente cristiana enseña usted mucho y mueve a no pocos a practicar costumbres olvidadas...

—Sí, sí, el tiempo es oro. Yo con los periódicos del día les comento a aquellas pobres gentes los asuntos de actualidad encauzándolos por el camino verdadero, llevándoles al conocimiento de la verdad, poniéndoles de relieve el comportamiento de los hombres que la siguen y el de los que la desprecian. Así les hago amar lo bueno y santo. Ayudo al Párroco guardándole todas las consideraciones debidas para que se acostumbren a respetar al ministro del Señor y que comprendan la dignidad de que se halla revestido. Voy a misa diariamente. Frecuento los Sacramentos... en todo busco el buen ejemplo. Que vean aquellos sencillos lugareños que en las poblaciones populosas e ilustradas la Religión se respeta y practica como se debe. ¡Si viera usted cómo se fijan ellos en nosotros!; por esto, si cabe, debemos esforzarnos un poco más en nuestro modo de ser. Y esta grata impresión les dura, vaya si les dura! Y que desean recibirla me lo demuestra el que siempre buscan nuestra compañía y nos preguntan y nos piden que leer. ¿No sería un crimen ser un mal maestro de estas gentes sencillas? ¿Perderlas con malos ejemplos y palabrotas de sectario?

—No me diga más; usted es un gran Apóstol del bien. Usted comprende el veraneo higiénico para el cuerpo y para el alma. ¡Dios le premiará labor tan meritoria como poco imitada. A fin de que lo sea mucho, ahora mismo me voy a reproducir sus enseñanzas en unas cuantas cuartillas para darlas a la imprenta. ¡Y qué agradable me es este trabajo! tanto o más que para usted el veraneo.

Hoy lo que hace falta son muchos buenos ejemplos en los de arriba.

DE ANTAÑO

HIMNO PATRIÓTICO (1)

¡Ya del fuerte la piedra roquiza,
en la cumbre del cerro se ve,
y al gimnasta, ansioso de gloria,
sus almenas hollar con el pié!...

¡Soldados, arriba!...
¡El gimnasta nos muestra el sendero
de ganar el lauro verdadero,
que sea digno de gloria y de paz!
¡El laurel reverdece la oliva!...

¡Que retumbe el cañón con su furia!
¡que su boca despida fulgor!
¡ante el pecho del bravo guerrero,
es la Patria quien da su esplendor!...

Al pecho del valiente
ningún peligro aterra:
¡ni el ruido de la guerra,
le infundirá pavor!...

Sabe, que si le toca
morir en el combate,
la espada que le mate,
no menguará su honor!

Si yerto su cadáver
en la pradera yace,
¡la hierba que allí nace...
le cubre en derredor!...

Los bravos camaradas
que allí caer le vieren,
¡el llanto contuvieron
en medio de la acción!...

¡Y citan luego el nombre
del que cayó con gloria!...
¡Y... guardan su memoria,
dentro del corazón!...

UN CORONEL ANTIGUO.

(1) Este himno lo cantábamos, hace sesenta y dos años, los españoles.

El Sindicato Minero Católico

de Blimea, saluda efusiva y cordialmente al nuevo Sindicato católico de Gijón y desea a sus asociados el más completo bienestar y gran entusiasmo para proseguir con celo y actividad nuestra gran obra y renombre de sindicalistas cristianos cuyas entidades están llamadas a hacer felices al obrero español y a su Madre Patria. Sigam propagando más y más con actividad, que lo que hace falta, con empeño, entusiasmo y ardor patriótico se conseguirá. Trabajemos todos en pró de nuestro lema de Sindicalistas cristianos, ese lema antiguo que debemos ostentar todos los obreros católicos: «Unos por otros, y Dios por todos» y al fin conseguiremos aplastar al enemigo que hoy nos acosa y persigue cual es el obrero incrédulo, ignorante y ciego, los cuales hoy por desgracia son la mayor parte que, creyendo ser los dioses de la ilustración y sabiduría, resulta que esos pobres no ven más allá de sus narices.

Trabajemos sin descanso, vuelvo repetir, obreros Católicos! Tengamos confianza en Dios y en la Inmaculada Concepción nuestra gloriosa Patrona de los Obreros Católicos! Luchemos sin descanso hasta ver conseguidos nuestros deseos, y a ver si al mismo tiempo ayudamos a levantarse del lecho de amarguras, calamidades y otros males que tienen postergada a nuestra amada Patria!

¡Vivan los Sindicatos Obreros Católicos de Asturias y de España en general! y un saludo también a los Sindicatos Católicos femeninos, por su humanitaria e importante unión.

A la lucha, católicos.

POR EL SINDICATO,

El Vice Secretario

Gumersindo Blanco y Camblor

OBREIRO.

Blimea 22-6-1913.

TRES RECORTES

Lo que hace Francia

Leo en un periódico francés:

De acuerdo con el Gobierno, la compañía francesa de ferrocarriles P. L. M., ha puesto un vagón especial, de Roma a París, a disposición del cardenal Vannutelli, legado de Su Santidad en el centenario de Ozanam.

M. Masure, secretario general de la mencionada compañía, ha estado en Roma con tal objeto, y con el ha regresado a París.

Lo que hace Inglaterra

Leo en un periódico inglés.

El Cardenal Ferrata, legado del Santo Padre en el Congreso Eucarístico de Malta, ha hecho el viaje de Siracusa a dicha ciudad, en el crucero inglés *Hussar*, cedido espléndidamente por el Gobierno.

Lo que hace España

Revolviendo los papeles de mi cartera de apuntes tropiezo con el siguiente recorte, publicado hace algunos meses en la *Gaceta del Norte*:

«Cuando se elevó a dignidad episcopal el Vicariato Apostólico de Marruecos, todas las naciones interesadas influyeron para que el Sumo Pontífice designase a un religioso de la respectiva nacionalidad para ocupar el cargo.

Prometieron rodear a la persona elegida de todo el prestigio correspondiente y levantar suntuosa Catedral; pero el Papa, fiel a España, designó a un fraile español, al virtuosísimo Padre Cervera. Nuestro Gobierno no debió agradecer la distinción, pues nada hizo, ni ha hecho para rodear al Señor Obispo de Fessea de la respetabilidad aneja a su elevada categoría. ¡El Obispo de Marruecos cobra del Gobierno español ¡DIEZ REALES DIARIOS!

Recientemente ha tenido que hacer un viaje, y suplicó al comandante de un cañonero español, surto en aguas de Tánger, que le admitiese a su bordo.

El comandante no se atrevió por sí a decidir y telegrafió al Gobierno en consulta. Pasaron dos o tres días y la contestación no llegaba. Enterado de lo que sucedía el comandante de un gran crucero francés, anclado en la bahía de Tánger, se apresuró a visitar al Padre Cervera, ofreciéndole, en nombre de la República francesa, su magnífico barco. El Padre Cervera aceptó reconocido, siendo recibido a bordo con todos los honores debidos a su alta jerarquía».

¿Comentarios? ¡Para qué hacerlos! Todos saben de qué pié cojean nuestros gobernantes».

P. M.

Charla

(VEASE LA ANTERIOR)

—Ansiando estaba el momento de venir a reanudar la conversación interrumpida ayer tarde con usted, porque, además de esclarecerme con ella muchas dudas y quitarme muchos pesares, juzgo el asunto importantísimo.

—Y tanto como lo es. ¡El más importante para el hombre! Como que trata de su salvación o condenación eterna; no es pues para tomado a burla ni tampoco con indiferencia. Animado con tu buen deseo prosigo la tarea.

Entre los incrédulos en materia de religión, como entre los criminales de todas castas y clases es muy natural y

corriente el empeño que ponen en negar la existencia del infierno, ya tratando de convencer a los demás con argucias y sofismas que para la sana razón y ciencia del alma no tiene valor alguno, por cuanto los castigos y recompensas que el Cristianismo anuncia o promete en la otra vida, con la razón y la ciencia concuerdan, y también queriendo convencerse a sí mismos ¡sin poderlo conseguir! aunque esto último pocos tienen la franqueza de confesarlo como Giovini que dijo «Los malos y los librepensadores llevamos por anticipado el infierno en nuestros corazones», y como el mismo maestro de la impiedad Voltaire, cuando al oír a uno de sus discípulos que decía: estoy convencido que no hay infierno le replicó: «Jamás he podido yo llegar a ese convencimiento ni espero en ello».

Arguye tu Sr. Ibarreta, creyendo poner una pica en Flandes: «Claro está que si el infierno existiese, Dios lo habría puesto en conocimiento de los hombres desde el principio, de lo contrario, no era posible el que nadie supiese que había semejante lugar. Si en algún punto de las Escrituras debía hablarse del cielo y del infierno, es indudablemente en los capítulos xxvi del *Levítico* y xxviii del *Deuteronomio* donde promete Dios a los que cumplan sus mandamientos toda especie de felicidades en este mundo, y a los infractores toda clase de desgracias de las que la mayor es la muerte.»

¿He copiado bien?

—Sí, señor sí; así dice.

—Pues ahora vas a ver la mala fe, la perfidia con que este hombre procede en la exposición de textos. Hace como aquel que para demostrar con el mismo *credo* de los católicos que Cristo no fué crucificado, sino otro, lo empezaba desde Poncio Pilato, y como aquel *ateo* que enseñando a sus oyentes la Biblia les decía «Vedlo aquí bien claro: NO HAY DIOS—y tapaba al mismo tiempo con la mano—ESO DICEN LOS NECIOS EN SU CORAZON.

—¡Ja, ja, ja!

—Ya ves que no se agotan los discípulos de este par de pejes.

En el mismo *Deuteronomio* dice el Señor por boca de Moisés: «Se ha encendido en mi cólera el fuego, y sus ardores penetraron hasta las profundidades del infierno». Y en el capítulo décimosexto del libro de los *Números* se dice hablando de Coré, Dathan y Abirón que habían blasfemado de Dios. «Y bajaron vivos al infierno» y en el libro de Job, escrito también por Moisés, se lee esto: «esos impíos (los que se revelan contra Dios) caen de repente en el infierno.» Y así pudiera ir citándote, si necesario fuera, textos y más textos de los *Salmos* de David, y de Salomón en sus admirables libros de la *Sabiduría* y el *Eclesiástico*, y de los grandes profetas Isaías y Daniel y más tarde de los Evangelios

donde San Juan Bautista habla del *fuego eterno del infierno* y del mismo Jesucristo... y también pudiera recordarte aquí, si no fuera que las citas son muy largas, la antigüedad pagana, griega y latina hablándonos igualmente del infierno y de sus terribles castigos que no tendrán fin. Ya ves cuánto te tapaba con la mano tu amigo Ibarreta.

En la vida de San Bruno, fundador de los Cartujos, se encuentra un hecho estudiado muy a fondo por los doctísimos Bolandistas, y que presenta a la crítica más formal todos los caracteres históricos de la autenticidad; un hecho acaecido en París en pleno día, a presencia de muchos millares de testigos, cuyos detalles han sido recogidos por sus contemporáneos, y que ha dado origen a una gran Orden religiosa.

Acababa de fallecer el célebre doctor de la Universidad de París llamado Raymond Diocrés, dejando universal admiración entre todos sus alumnos. Era el año 1082. Uno de los más sabios doctores de aquel tiempo, conocido en toda Europa por su ciencia, su talento y sus virtudes, llamado Bruno, hallábase entonces en París con cuatro compañeros, y se hizo un deber asistir a las exequias del ilustre difunto.

Se había depositado el cuerpo en la gran sala de la Cancillería, cerca de la iglesia de Nuestra Señora, y una inmensa multitud rodeaba la cama de respeto, en la que, según costumbre de aquella época, estaba expuesto el difunto, cubierto con un simple velo.

En el momento en que se leía una de las lecciones del Oficio de difuntos, que empieza así: «Respóndeme. ¡Cuán grandes y numerosas son tus iniquidades!» sale de debajo del fúnebre velo una voz sepulcral, y todos los concurrentes oyen estas palabras: «Por justo juicio de Dios he sido acusado.» Acuden precipitadamente, levantan el paño mortuorio: el pobre difunto estaba allí inmóvil, helado, completamente muerto. Continuóse luego la ceremonia por un momento interrumpida, hallándose aterrizados y llenos de temor todos los concurrentes.

Vuelve a empezarse el Oficio, se llega a la referida lección: «Respóndeme,» y esta vez a vista de todo el mundo, levántase el muerto, y con robusta y acentuada voz dice: «Por justo juicio de Dios he sido juzgado.» Y vuelve a caer. El terror del auditorio llega a su colmo: dos médicos justifican de nuevo la muerte; el cadáver estaba frío, rígido; no se tuvo valor para continuar, y se aplazó el Oficio para el día siguiente.

Las Autoridades eclesiásticas no sabían qué resolver. Unos decían: «Es un condenado; es indigno de las oraciones de la Iglesia.» Decían otros: «No, todo esto es sin duda espantoso; pero al fin, ¿no seremos todos acusados primero y después juzgados por justo juicio de Dios?» El Obispo fué

de este parecer, y al siguiente día, a la misma hora, volvió a empezar la fúnebre ceremonia, hallándose presentes, como en la víspera, Bruno y sus compañeros. Toda la Universidad, todo París había acudido a la iglesia de Nuestra Señora. Vuelve, pues, a empezarse el Oficio. A la misma lección: «Respóndeme,» el cuerpo del Dr. Raymond se levanta de su asiento, y con un acento indescriptible que hiela de espanto a todos los concurrentes, exclama: «Por justo juicio de Dios he sido condenado,» y volvió a caer inmóvil.

Esta vez no quedaba duda alguna: el terrible prodigio, justificado hasta la evidencia, no admitía réplica. Por orden del Obispo y del Capítulo, previa sesión, se despojó al cadáver de las insignias de sus dignidades, y fué llevado al muladar de Montfaucón.

Al salir de la gran sala de la Cancillería, Bruno, que contaría entonces cerca de cuarenta y cinco años de edad, se decidió irrevocablemente a dejar el mundo, y se fué con sus compañeros a buscar en las soledades de la Gran Cartuja, cerca de Grenoble, un retiro donde pudiese asegurar su salvación, y prepararse así despacio para los justos juicios de Dios.

Verdaderamente, he aquí un condenado que «volvía del infierno,» no para salir de él, sino para dar de él irrecusable testimonio.

¿Quieres más pruebas?

—Rediela, esto sí que es grave.

—El mismo sistema de falsa exposición usa hablando el señor Ibarreta del Purgatorio, ya demostrada su existencia en el pasaje del cap. XII del libro segundo de los *Macabeos* y en el cap. XII de San Mateo por el mismo Jesucristo. Luego una y otra verdad: la existencia del infierno y del Purgatorio, no son invenciones de curas y frailes (no dice quién los inventó ni en qué tiempo, qué ha de decir) para sacar los cuartos a los fieles con su explotación como malévolamente proclama el autor del libro que estamos comentando.

¡Los curas y los frailes!... ¡Los obispos... los Papas!... ¡La inquisición!... Cómo calumnia, cómo insulta, cómo falsea la historia de la Iglesia, (al modo que los protestantes falsean el Evangelio borrando de él aquello que les perjudica), en su impotente coraje para destruirla ¡Destruirla! Ni siquiera empañar su grandeza en lo más mínimo ha podido ni podrá nunca toda la incredulidad. Veinte años de plazo se dió el impío Voltaire para dejar con sus burlas y escritos a Jesucristo y su Iglesia en el más espantoso ridículo ante el mundo entero y al cumplirse exactamente el tiempo fijado Voltaire moría devorando sus propios excrementos, herido por la mano de Dios!

El *sabio* Ibarreta, de negación en negación viene a negar hasta lo que hoy día puede comprobarse con los

ojos de la cara, digámoslo así; niega los milagros, y esto es ya el colmo de la *tomadura del pelo* a los que caigan en la tontería de creerle.

Como veo que estoy entreteniéndote demasiado y, por otra parte, quiero darte poco de cada vez para que lo vayas pensando como se debe, continuaré otro día, Dios mediante.

—Sí, sí, yo siento que usted se canse, pero al mismo tiempo me agrada oírle. Le advierto también que estoy leyendo los libros que usted me prestó y veo en ellas claro el error en que estaba metido y toda la infamia de esos incrédulos que con sus orgullosas interpretaciones corrompen la sencillez de nuestra fe.

—Lo celebro por tu bien.

NOTICIAS

La ignorancia del Clero católico.—La Academia francesa, en sesión de 29 de Mayo último, que fué presidida por el Presidente de la República, ha otorgado el premio Gobert, de 9.000 francos, al abate Sicard por su obra *El Clero francés durante la Revolución*. Dicho premio es la más alta recompensa que otorga la sección de Historia de la citada Academia.

Sacrilega impiedad castigada.—En la isla de la Trinidad, donde se explotan algunas minas, había entre los mineros un italiano llamado Angelo Potondo, que no sólo hacía alarde de impiedad, sino que se mofaba de aquellos de sus compañeros que cumplían con sus deberes de buenos católicos, y para molestarlos más decidió la última Semana Santa parodiar las escenas de la Pasión, secundado por algunos desgraciados que participaban de su falta de

creencias religiosas, y asignándose él en la parodia sacrilega el papel de Cristo, conducido al sepulcro por sus compañeros, que hacían grotescas manifestaciones de duelo; y cuando al tercer día apareció él por las calles de la ciudad manifestando que era Cristo resucitado, cayó de pronto al suelo como herido por el rayo, y aunque en un principio creyeron sus acompañantes que aquello era un acto de su propia voluntad, al ver que se prolongaba demasiado su inmovilidad, trataron de hacerle volver en sí; pero todo fué inútil, porque estaba muerto.

Este hecho produjo una honda impresión en toda la ciudad, pues se veía en él palpable la mano de Dios, que no siempre deja impunes en este mundo a los que de El pretenden burlarse.

Son retrógrados. .!

Al Congreso de Ciencias celebrado en Madrid, sólo la Compañía de Jesús ha enviado a él diez o doce de sus hijos, algunos de los cuales han leído trabajos de extraordinario mérito científico. Apesar de todo ello seguirán los frailes, curas y Jesuitas siendo enemigos de las luces, y los liberales amigos del *progreso* . y del presupuesto.

Te hablan de emanciparte del capital, que es como si te dijeran que te emancipases del instrumento con que trabajas: de lo que es preciso que te emancipes es del error, de la ignorancia, de los vicios, de la inferioridad, en fin, que tiene todo explotado respecto del que le explota.

Concepción Arenal.

Correspondencia administrativa

Sr. D. J. S. F.—La Algodonera.—Pagó Julio 1913.

Sr. D. A. G.—Boñar.—Pagó a fin 1913.

Sr. D. J. V.—Oviedo.—Pagó a fin Enero 1914.

Monte de Piedad y Caja de Ahorros DE GIJON

Establecimiento benéfico bajo el protectorado del Ministerio de la Gobernación.

CALLE DE SAN ANTONIO, NÚM. 16

Monte de Piedad

Se presta sobre alhajas, ropas, efectos, muebles valores, etc., al 6 por 100 al año.—Subasta todos los primeros domingos de mes, de diez á una, y si no se concluyese, se prosigue en los domingos siguientes.—Se admiten depósitos en custodia.—Cantidad prestada en este Establecimiento en los siete años de existencia: 6.871.003,01 pesetas.

Caja de Ahorros del Monte de Piedad

Intereses que abona esta Caja: El 3 por 100 anual en las imposiciones reembolsables á la vista.—El 3 y medio por 100 anual á las imposiciones reembolsables á los seis meses.—El 4 por 100 anual á las imposiciones reembolsables á doce meses.—Hay libretas para poder ahorrar desde cinco céntimos de peseta, en sellos.—Además se venden huchas á seis pesetas, y se alquilan á dos reales al año, para ahorrar á domicilio.—Compra y venta de valores por cuenta de los imponentes.—Cantidad ingresada en nuestra Caja de Ahorros en los siete años de existencia: 7.530.911,14 pesetas.

Horas de oficinas: De 9 á 12 y de 3 á 6

Imp. de Lino V. Sangenis.-Gijón

BANCO DE CASTILLA
SOCIEDAD ANONIMA FUNDADA EN 1875
Infantas, 31. MADRID

Agencia de Gijón: Calle de los Moros

Cuentas corrientes, Giros, Cobros, Comisiones, Compra y venta de efectos públicos, monedas y billetes de Banco extranjeros, Cartas de crédito, Descuentos, Préstamos, Cuentas corrientes con garantía de valores, Depósitos, etc.

CAJA DE AHORROS

Imposiciones desde UNA peseta en adelante al 3 por 100 de interés anual.

Acebal, Rato y Comp.^a

FUNDICION DE HIERRO

Barrio del Tejedor.—GIJON

Cocinas cerradas desmontables, todas de hierro fundido y por lo tanto de gran duración; no necesitan material de albañilería; pieza inutilizada se sustituye por otra; evita este sistema las cucarachas ó correderas, y su montaje se hace en quince minutos. Se fabrican para leña, carbón y cok ó solo para la combustión de carbón y cok.

Patentada con el núm. 50.316

Se fabrican también de todos los demás sistemas y se elabora cuanto se relaciona con el ramo de fundición de hierro, como placas, luceras, bajadas de aguas, tubería, parrillas etc.

SECCIÓN AGRICOLA

Abonemos los viñedos en la debida forma.

Dentro de breves días hará un año, en el mes de Julio de 1912, tuvo lugar en Pamplona el Congreso Nacional de Viticultura. Fué de grandísima transcendencia y los acuerdos en él adoptados tienen suma importancia. Una de las cuestiones que se trataron más a fondo fué indudablemente la referente a la fertilización racional del viñedo.

Todas las eminencias que en el Congreso tomaron parte estuvieron unánimes al declarar la necesidad de emplear en el abonado de la vid fórmulas a base de nitrógeno, ácido fosfórico y potasa.

Esta unanimidad de opiniones subsistió con más fuerza, si cabe, al hablar especialmente de los abonos potásicos. Todos eran del parecer que los fertilizantes potásicos son los más importantes para la vid. Sin embargo, es triste tener que confesar que muchos labradores no los emplean o solamente en dosis que bien podemos llamarlas homeopáticas.

Es preciso concluir con la rutina y abonar de aquí en adelante el viñedo apoyándose en bases verdaderamente racionales.

Como fórmulas generales, por hectárea que la práctica ha sancionado ya, podemos encomendar las siguientes: 300 a 500 kilos de superfosfato (o de escorias, en los suelos pobres de cal); 150 a 200 kilos de sulfato de potasa y 200 a 300 kilos de nitrato de sosa o de cal.

El abono fosfo-potásico conviene enterrarlo antes del invierno y el nitrato se aplicará a fin de Marzo o a principios de Abril.

Conocemos muchísimos ejemplos en que el empleo de estas o parecidas fórmulas ha producido de 200 a 300 pesetas de beneficio neto, por hectárea.

El labrador pues, que se obstina en no querer emplear fórmulas a base de nitrógeno, ácido fosfórico y potasa, comete una verdadera locura.

PAÑOS Y NOVEDADES

LA SIRENA

Corrida, 86 y 93

GIJÓN

Retractación de un rebelde

La prensa de París da cuenta del fallecimiento de M. Bernat, alcalde de Juyngi y senador radical, ocurrido en circunstancias dignas de especial mención.

Durante toda su vida, se distinguió notablemente por sus ideas avanzadas y por la enemiga que siempre mostró hacia el Catolicismo.

En sus actos políticos siguió ese mismo derrotero, votando sin vacilación todas las leyes sectarias y de expoliación, según iban siendo propuestas por los Gobiernos anticlericales. Fué, en suma, un furibundo enemigo de la Iglesia.

En sus últimos momentos, arrepentido de todos sus pasados errores, mostró deseos de hacer una solemne retractación ante testigos, realizándola entre grandes muestras de sinceridad.

A continuación recibió devotísimamente los Santos Sacramentos, recordando con lágrimas de ternura los ya lejanos días de su primera Comunión, así como otros varios actos a que le llevaba su cristiana madre, que, mientras vivió, puso todo su empeño en darle una educación altamente católica enseñándole ella misma el Catecismo de la Doctrina cristiana.

La consecuencia la sacarán las madres cristianas.